

Capítulo VI

Un Hombre del Mundo



Tacna era diferente y los estudiantes —criollos o mestizos claros— gozaban de un nivel social más elevado. Generalmente, sus familiares eran profesionales, funcionarios del Gobierno o militares. Si algunos padres de familia eran marginales —incluyendo los míos— estos aparentaban ser más de lo que eran o tener más de lo que poseían para entrar en un círculo mejor.

Nosotros estábamos avanzando socialmente, y yo aprendía a competir. Aunque no teníamos mucho dinero, gozábamos de una situación económica aceptable. Mi padre había ascendido de grado y era respetado por la comunidad. Gradualmente, fuimos ingresando al grupo de la clase media y adinerada. Tenía amigos “acomodados” que frecuentaban mi casa; ubicada encima de la cárcel de la ciudad. Ésta era grande y no pagábamos alquiler, debido a que mi padre era el comandante de los soldados que custodiaban a los prisioneros políticos.

Mi padre acostumbraba jugar tenis, y yo también empecé a practicar ese deporte de los ricos. Tacna fue la “cuna” de lo que soy

ahora. En esa época, los hijos de las familias acomodadas, buscaban las mejores escuelas para continuar su educación. Un Colegio Militar, de instrucción secundaria: “Francisco Bolognesi”, fue fundado en Arequipa, la segunda ciudad del Perú, y cuya población estaba formada por muchos criollos que conocían su posición, especialmente cuando se comparaban con los mestizos de otras regiones. El colegio era una elite; sólo habían dos de estos centros en todo el país y ambos atraían a la mayoría de los hijos de las familias de clases favorecidas; e incluso a los de las familias indígenas adineradas.

Recuerdo vivamente que en Tacna, estando sentado solo en la mesa, después de cenar mi mente se puso en blanco. Sentí como si estuviera viviendo en los Estados Unidos, mi conocimiento de ese país —en aquellos días— era sólo a través de las películas de Hollywood y mi sueño era aún muy remoto. *Sin embargo, yo sabía que llegaría allí.* Eso me dio una sensación de *déjà vu* (como si hubiese estado en ese lugar en mi pasado). El hecho de ir a ese Colegio Militar haría más cercana esa realidad.

La admisión a este colegio, requería la aprobación de un examen competitivo. Un profesor de Biología, el doctor Anaya —nosotros acostumbábamos llamar doctores a los profesores—, era bondadoso y deseoso de ayudar. Me preparó en las materias requeridas para el examen. Para mi sorpresa, una semana después, me entregó un folleto mecanografiado con el material que debía estudiar. En la escuela de Tacna, teníamos un profesor de inglés, natural de Inglaterra. Era un rubicundo típico caballero de ese país, con sombrero y bastón. Lo llamábamos “Paparrucha” por sus bigotes rojos. Por razones que yo no conocía en ese entonces, a él no le simpatizaba un estudiante negro que había en nuestra clase. Por razones trivia-

les, llegaba a veces al punto de sacarlo de la clase, jalándolo abusivamente de las orejas. Luego, regresaba limpiándose las manos con un pañuelo, como si estuvieran sucias, mientras murmuraba “negro” de una manera despectiva.

En Tacna, competimos por una atractiva chica criolla. A partir de ahí, los dos empezamos una amigable competencia. Jirón, pertenecía a una familia acomodada y los dos iríamos al mismo Colegio Militar. Ambos esperábamos los resultados del examen de admisión, que habíamos rendido. Al final, todos pasamos, algunos ganamos becas y fuimos a Arequipa y permanecimos internados por tres años. Este colegio era muy conocido por su estricta disciplina y su alto nivel de estudios. Competencia y excelencia formaban la rutina diaria. Si alguien no iba bien en sus estudios, o tenía mala conducta, podía ser castigado y no salir a la calle por meses, o peor aún, ser expulsado.

Ese colegio era enteramente militar, regentado por oficiales activos de alto grado y dirigido por jóvenes oficiales del Ejército, recién egresados de la Escuela Militar de Chorrillos. En esa época, los jóvenes más brillantes, se iban a las academias de las fuerzas armadas. Nosotros éramos cadetes con uniformes, rifles reales, banda de música y desfiles militares diarios. Nos sentíamos comparables con los cadetes de academias militares como West Point. Nuestros directores, trataban de imitar a esa institución americana, lo más que podían. Incluso, algunos de nuestros oficiales, habían recibido entrenamiento allí, y otros, en la academia francesa de Saint-Cyr.

Yo era un alumno de nivel promedio y tenía un grupo de amigos cuyo objetivo era ir a estudiar en los Estados Unidos. Allí sentí, que mis deseos de viajar a ese país del norte, se harían realidad. Nosotros ya estábamos estudiando el idioma inglés. Acostumbrá-



*Éramos cadetes con
uniformes, rifles
reales, banda de
música y desfiles
militares.*

bamos escuchar la música de la banda norteamericana de Glen Miller, especialmente los domingos, en una heladería del centro. *¡No había duda!, ¡los Estados Unidos estaban en mi sangre!*, pero las posibilidades de que esto sucediera en esos tiempos, eran muy pocas y difíciles; digamos que era un sueño, y que yo tendría que encontrar la manera de realizarlo.

Describir mis tres años en el Colegio Militar, tomaría un libro completo. Mario Vargas Llosa, un famoso escritor peruano, que también fue a un Colegio Militar —el Leoncio Prado, de Lima—, escribió un libro sobre sus experiencias como cadete de esa escuela: *La ciudad y los perros*, el cual es muy conocido y ganó una distin-

ción literaria. Algunos de sus recuerdos y pasajes son similares a los míos en el colegio de Arequipa.

Mi tío, no terminó la secundaria por razones económicas y la insensibilidad de sus profesores. Se dedicó a la fotografía. Mi padre, como de costumbre, seguía siendo enviado a todas partes. De Tacna fue trasladado a Ayacucho, una ciudad andina, mientras tanto yo permanecí en el Colegio Militar por tres años. En Arequipa tenía familiares de mi padre, pero no los visitaba muy frecuentemente. Pasaba las fiestas navideñas en el Colegio Militar, porque mi familia estaba muy lejos en la sierra mientras la mayoría de los cadetes se iban a sus casas. Además, en el Perú, la Navidad es una fiesta para niños y yo ya estaba en la edad juvenil. Mi pasatiempo consistía en ir a los cines a ver películas americanas, especialmente las de la Segunda Guerra Mundial, y también, las primeras cintas de rock and roll. Mi pensamiento era americano y mis paradigmas, eran actores como Gary Cooper, Jack Palance, Tony Curtis, John Wayne, Roy Rogers, e incluso, el carismático Elvis Presley.

Finalmente, llegó el tiempo de graduación. Todos los padres fueron a ver a sus hijos a esa magnífica ceremonia militar; pero los míos, debido a la distancia y las obligaciones militares de mi padre, no pudieron asistir. Me puse mi uniforme azul de cadete por última vez y me despedí de varios de mis compañeros, quienes con el tiempo serían prominentes ciudadanos. Muchos de los cadetes siguieron estudios en las escuelas militares de: el Ejército, la Marina y la Aviación. *Otros como yo, debíamos planear nuestro futuro, y el mío estaba en el limbo.* Todo lo que yo quería era ir a los Estados Unidos; pero, ¿cómo? y ¿cuándo?

Con tristeza, dejé el Colegio Militar, porque ahí me había sentido como en familia. Era el único centro de estudios donde había

permanecido por tres años consecutivos, sin tener que cambiar de lugar, y adaptarme a nuevas situaciones. *Ahora, debía ir al “epicentro” del Perú, la capital, y planear mi futuro desde allí.*

Para mi alma, Lima era un lugar desolado. Estuvimos otra vez reunidos en la gran ciudad, viviendo en una sobrepoblada unidad vecinal. No tenía amigos, paradigmas a seguir o conexiones. Mi padre siempre había influenciado en mí para que estudiara Ingeniería Civil, y muchos otros padres pensaban lo mismo. La Ingeniería era considerada una profesión muy codiciada en el Perú, y que estudiara esta profesión, estaba muy firme en la mente de mi padre; y yo no debía contrariarlo.

Entrar a la Facultad de Ingeniería era algo como ingresar a Harvard o a un centro académico muy avanzado. Uno tenía que dar un examen de admisión, expresamente preparado para dificultar su aprobación. Muchos estudiantes —yo incluido— debían matricularse en un curso especial de preparación para Ingeniería, cuyo edificio estaba en el mismo campus. Una buena parte de ellos, se habían presentado por varios años, sin éxito. El currículo preparatorio, sin embargo, era inútil como ayuda para pasar la prueba. Los profesores de la academia presentaban los problemas matemáticos más absurdos, que sólo un matemático podía resolverlos. El objetivo era desaprobado a los postulantes, por ser demasiados para tan pocas vacantes. Yo estudiaba día y noche: Álgebra, Geometría, Aritmética y Física, pero eso no me sirvió.

Recuerdo que dando el examen de admisión, miré la primera pregunta y ésta resultó ser un acertijo matemático que ocupaba media página. Tan simplemente al leerla, ¡me di por vencido! *Pasé el resto del tiempo de la prueba soñando con los Estados Unidos y cómo podría estudiar allá. No creía que sería fácil; pero sí, que el examen de*

admisión sería más justo en ese país.

Permanecí en la academia durante el año siguiente, debido a la insistencia de mi padre. En realidad, no deseaba asistir a esas estériles clases. Además, yo sabía que algunos estudiantes tenían otros “modos” para ser admitidos. No obstante, ellos debían ser inteligentes y estudiar duro.

Estaba impaciente. Lo que quería era ser médico. Había visto tanta miseria en la selva, que mi alma anhelaba estudiar esa profesión. Yo no era bueno en matemáticas. Fui a averiguar sobre la Facultad de Medicina. La situación era parecida a la de la Facultad de Ingeniería. Ni siquiera intenté estudiar para la admisión. Entonces, pensé más seriamente en viajar a los Estados Unidos, y para eso, ya había preparado algunos documentos el año anterior.

En los años cincuenta, viajar a los Estados Unidos, era un objetivo dificultoso de realizar. Se requerían recursos extraordinarios de tipo social y económico. Aun los estudiantes más inteligentes y adinerados optaban por España, México o Argentina. Fui a la Embajada Americana para averiguar mis posibilidades. Este fue mi primer contacto con gente americana. Recuerdo los acerados ojos azules del bien uniformado guardia de la Marina Infante de los Estados Unidos: Pantalones color azul claro, chaqueta azul oscuro y un quepis blanco. ¡La perfecta imagen de un marino! ¡Muy impresionante! Pasé a la sala de espera, decorada como en las películas americanas que había visto: muebles de cuero, secretarías rubias y muy voluntariosas, listas a ayudar. Ellas, me hicieron sentir bienvenido. *Yo pensaba, si alguna vez llegaría a los Estados Unidos, eso sería —de por sí— una hazaña en mi vida.*

Muchos de mis compañeros del Colegio Militar no pensaban viajar a los Estados Unidos, porque estaban más interesados en in-

gresar a las escuelas militares. Si yo hubiera intentado ingresar en la Fuerza Aérea —a la primera mirada— habría sido descalificado, por mi corta estatura y mi apariencia. En la Marina —¡olvidémosla!— se requería pertenecer a una familia de apellido y antecedentes sociales distinguidos. El Ejército, era más receptivo, pero allí, ya estaba eliminado. Mi padre no quería verme como militar, porque sabía que esa era una vida de permanente esclavitud para lograr los ascensos.

Por mi cuenta, me matriculé en una pequeña academia de inglés para estudiar de noche y empecé a tomar clases por correspondencia del “National School” de Los Angeles, que se anunciaba en las revistas de *National Geographic* y *Reader's Digest*. Comencé a escribir a algunas universidades en los Estados Unidos solicitándoles información. Yo estaba viviendo en un mundo de sueños y me convertí en un adicto al cine. *Creo que me sentía más americano que los americanos*. Mis modelos eran los actores de las películas y no los seres reales, como los trabajadores, de las clases media y pobre de ese país. Esa gente no existía en mi mente o en mi pequeño mundo. Toda mi energía estaba dedicada a ver la forma de salir de Lima. Aun, si hubiera ingresado a la Universidad o a la Escuela Naval. *¡Yo quería un futuro diferente, otra forma de vida y otro modo de pensar!* Mis anhelos ya estaban determinados. Yo no buscaba dinero o posición social. Lo que quería era otra mentalidad, un lugar donde pudiera realizarme de acuerdo a mis habilidades y mis deseos, sin ayuda de familiares o estrato social. Yo no quería formar parte del sistema en el que había crecido. Lo que anhelaba era volar lejos. *Por eso me he autodenominado “Cóndor”*.

Le escribí a mi amigo Ernesto Guerra, un solvente compañero del Colegio Militar, oriundo de Puno, que vivía en Arequipa y que

iba a viajar a los Estados Unidos. Ambos escribimos a otro amigo, ex cadete: Adolfo Guzmán; que ya residía en los Estados Unidos y había sido uno de los cadetes más promisorios e inteligentes. Él fue a estudiar Ingeniería a la Universidad de Brigham Young de Utah, porque tenía una hermana casada con un mormón. Adolfo nos guió en nuestros planes, nos dio la dirección a quien escribir, y yo mandé mi solicitud a ese centro de estudios: BYU.

Días después, recibí respuesta de la universidad, indicándome los pasos a seguir con mi petición. ¡Nunca olvidaré el momento en que recibí esa carta! El sobre era blanco, crispante y limpio, con el membrete en el margen: “Brigham Young University, Administration-Admission, Foreign Students Department”. Esta carta venía del Departamento de Admisión de Estudiantes Extranjeros. Después que toda la documentación fue procesada, fui aceptado temporalmente, sin examen de admisión por el momento. No se me preguntó quién era ni mi condición social. Nadie tuvo que hablar por mí. Mi padre ni siquiera sabía que yo había postulado a la Universidad de Brigham Young. Con todas estas cartas y mi indomable actitud de viajar al país de mis deseos, el Consulado de los Estados Unidos tomó en serio mis intenciones, y me fueron entregados más documentos para llenar. Yo tenía dieciséis o diecisiete años de edad y mi récord policial era limpio. El Consulado era muy meticuloso acerca de ese punto. Yo debía probar, más allá de toda duda, que no era comunista, ni pertenecía a algún partido político, especialmente —en ese entonces— al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana). Como no había asistido a ninguna universidad, no era miembro de partido alguno, como era habitual en los estudiantes universitarios. Las escuelas superiores estaban muy politizadas. *La juventud de cualquier nación es siempre entusiasta,*

altruista y ansiosa de corregir los males sociales que la aquejan. Los estudiantes ven las injusticias y están impacientes por rectificarlas. El Perú estaba entonces, en plena agitación política y gobernaba un dictador militar. Esos jóvenes estudiantes tenían los mismos problemas y anhelos míos, pero yo tomé el camino más difícil para lidiar con esa situación: ¡abandonar mi patria, mi familia, mi selva y mi pasado!

Todo estaba andando bien. Mi inglés mejoraba. Acostumbraba a buscar turistas norteamericanos para conversar. Nunca olvidaré cuando el portaviones Franklin D. Roosevelt arribó al puerto del Callao. Fui a ver ese enorme barco, hice amistad con dos marineros americanos y los llevé a mi casa. Uno era alto y tenía ojos azules, y el otro, negro y más alto. Los dos eran de New York y muy amigables. Los invité a mi casa a tomar cerveza, pero me di cuenta que no estaban interesados en involucrarse en el entusiasmo de un estudiante con ideas de ir a los Estados Unidos.

También acostumbraba ir a las contiendas de lucha libre o *catch as can* porque siempre presentaban luchadores de otros países. Recuerdo los anuncios sobre un luchador barbudo, a quien llamaban "El Ruso". Fui a verlo. Mis amigos y yo no simpatizábamos con él, especialmente después que derrotó a mi luchador peruano favorito. Después de la lucha, quise conocerlo de cerca y saber quién era en realidad. Me quedé atónito: él era un americano que necesitaba un traductor en español para poder comunicarse con sus fanáticos. Y ahí estaba yo, hablando inglés con este americano.

Los días en Lima se me hacían insoportables. Estaba tan cerca de partir a los Estados Unidos que me atemorizaba la idea de que algo pudiera salir mal. El problema del dinero comenzaba a convertirse en algo real. El Consulado Americano quería saber cómo

haría para viajar, y también, cómo me sostendría estando allá. Era un problema serio. No todos podían sufragar un viaje a ese país, porque el dólar era una moneda muy fuerte. Eran los días en que no habían jets comerciales y los vuelos en aviones de hélice a los Estados Unidos tomaban mucho tiempo, y los precios de los pasajes eran astronómicos.

¡Llegó el momento de la verdad! Iba a ser entrevistado por el cónsul americano y recibiría mi visa de estudiante para viajar. ¡Ese día fue inolvidable!, me engalané con mi mejor terno y me hice un buen corte de cabello. Fui a una iglesia del centro de Lima, para pedirle que me ayudara al padre Urraca, un religioso no beatificado todavía, pero que había hecho muchos milagros. La pared de la iglesia estaba llena de ofrendas, esos objetos eran hechos de oro y plata, como testimonio de los fieles favorecidos con el objeto de hacer público su agradecimiento y devoción. Recé y le ofrecí, que si me ayudaba a llegar a los Estados Unidos, sería por siempre su devoto.

Aún hoy, cada vez que regreso al Perú, lo primero que hago es visitarlo, como parte de mi compromiso con él. Enciendo una vela y dejo siempre algunos dólares. Cierta vez, puse unos cuantos soles —monedas peruanas—, pero sentía que él me miraba y me decía: *¡Dólares, hijo mío, dólares!* Y no hubo alternativa, fueron dólares. ¡Nada de engaños con ese buen futuro santo!

Después de encomendarme al todopoderoso, empecé a caminar por el Jirón de la Unión, donde habían turistas americanos andando por la calle; crucé la Plaza San Martín y entré a la embajada americana. Fui saludado por el centinela de la Marina y tomé el ascensor hacia las oficinas del consulado. Había mucha gente ahí, y estaban también, algunos miembros de la expedición Kon-Tiki.

Finalmente, fui llamado para ver al cónsul: un hombre alto, delgado, de ojos azules, con mucho parecido a Jimmy Stewart. Me habló en español y me pidió tomar asiento. La oficina era acogedora, con decoración y mobiliario americanos. Lo más impresionante —para mí— fue una fotografía del presidente Eisenhower y la bandera americana. El cónsul no se veía amenazante y actuaba como un asesor. En cierta forma, sabía que yo no tenía mucho dinero y me dijo, “que al llegar, podía obtener un permiso de trabajo para el verano”. Me contó que él había trabajado cargando hatos de trigo en los campos de Colorado para pagar sus estudios universitarios.

*Mucha gente fue al
viejo aeropuerto de
la Corpac para
despedirnos. Yo
hago un adiós con
la mano en alto, y
Ernesto, a la
derecha, sonríe.*



¡Estupendo!, le contesté, y el apreció mi entusiasmo. Supongo que vio en mí a un hombre joven, lleno de aspiraciones, que no me convertiría en un problema social para su país. Luego me preguntó, cómo andaba mi inglés. Estaba tan ansioso de hablarle en su lengua, que empecé a hablar en inglés. Amablemente, me dijo que le sonaba bien, pero que me hacía falta más práctica. Entonces, se levantó —era un gigante—, me palmeó en el hombro y me deseó buena suerte en Utah, agregando que llevara mucha ropa gruesa porque hacía mucho frío en esa tierra de mormones.

Tenía el pasaporte, mi visa y la aceptación de la Universidad de Brigham Young y contaba con Mrs. Müirhead, quien me garantizó, aún sin conocerme. Mi padre tuvo que conseguir dinero prestado para pagar el viaje. Ernesto, quien viajaba conmigo, me prestó algunos dólares. Para ahorrar dinero voláramos hasta la Ciudad de México y de ahí, Ernesto y yo veríamos la forma de llegar a los Estados Unidos por el medio más barato, en carro o en tren.

¡Una vez más, me separaba de mi familia y ahora me alejaba de mi patria! Esta vez partía hacia un lugar lejano y desconocido, de cultura e idioma diferentes. ¡Sólo Dios sabía lo que me esperaba! El dolor de la separación se suavizó con mi enorme deseo de ir a un gran país donde la libertad, la justicia y la imparcialidad eran el lema nacional. Ese viaje era para llegar a un futuro mejor y todos lo entendimos así. Mi pobre madre, veía ahora que su único hijo, aquel por el que había sufrido tanto, estaba yéndose ¡quién sabe por siempre! Ahora comprendo, cuán buena y humilde era. Recuerdo, años atrás, haber ido con ella al banco para cambiar un cheque que no lo pudo cobrar, debido a que no podía firmar, porque nunca había ido a la escuela y no sabía leer ni escribir. Ahora, su hijo conocería —también— las limitaciones de no saber leer ni

escribir el idioma de otro país. Con el tiempo ella aprendió a leer, pero aún no puede escribir bien.

Mucha gente estuvo en el antiguo aeropuerto de la Corpac para despedirme. Esa gente no podía creer que yo me iba y quería presenciar mi partida. Nos despedimos, y una vez más, mi corazón quedaba quebrantado, mientras mi alma se despedazaba por el emotivo momento. Estaba dejando a mis padres, con quienes había compartido tantas peripecias durante esos lejanos días en la selva. *Estas continuas separaciones habían mutilado mi alma —que ya se sentía como la de un hombre viejo que apenas empieza a trepar las montañas de la vida— sabiendo que nuestra existencia, es, algunas veces, un mundo ¡sin esperanza!*

¡Lima!, ¡luces desolada aun desde el aire! ¡Adiós! ¡Sólo Dios sabe cuándo regresaré! *¡Querida patria mía! Tu tierra me dio el cuerpo y la mente, que fueron testigos de la existencia de todas las iniquidades que percibí y sentí. Sin embargo ¡Perú!, yo siempre te he amado con todas las fuerzas de mis sentimientos existenciales. Aunque el pasado lejano no pueda ser olvidado, este amor es tan intenso, que si tuviera las fuerzas “hercúleas” que me permitieran reivindicar ese humillante pasado, pediría a los dioses del universo que me dieran las fuerzas para reparar todos los daños causados a nuestros ancestros, y con el tiempo, crear una nueva civilización mixta que se uniera en la búsqueda del espiritualismo de la democracia y el respeto a la humanidad. Algún día, todos los peruanos se convertirán en una familia unida cuando sus barreras psicológicas se abran —tan amplias— como los anchos océanos, y sus heridas cicatricen en beneficio de las generaciones venideras.*

El ruido de las hélices del avión era ensordecedor. Ernesto y yo nos miramos el uno al otro. ¡Era real!, por fin estábamos en vuelo a los Estados Unidos. Nada podría ya detenernos. Volábamos por

horas mientras mis pensamientos se dirigían a las selvas y cordilleras y a los sufrimientos que había visto en el Perú. Pero, de algún modo, el deseo de una nueva vida, consolaba mi espíritu. Estaba aprendiendo a ser *un hombre del mundo*.